

¡Viva Mélenchon!

MANUEL VILAS

Me parece irónico que la lengua oficial más empleada en la UE sea la de un país que no quiere formar parte de ella



Fue el político francés Jean-Luc Mélenchon quien recordó en una rueda de prensa que la obligación de hablar inglés llevaba dentro un componente imperialista, y tenía razón. Y se negó a contestar en inglés a un periodista. Veo turistas extranjeros en Madrid que no saben decir ni «gracias». Si viajo a Polonia, me aprendo dos o tres expresiones en polaco, o si viajo a Alemania en alemán, si a China en chino. Es mera cortesía. La imposición del inglés como lengua única empobrece el mundo y está en la base de eso que se conoce como «pensamiento único».

Me parece irónico que la lengua oficial más empleada por la Unión Europea sea la de un país que no quiere formar parte de dicha Unión y se marcha del club con un sonoro portazo. Una de las cosas que servía para identificar a Mariano Rajoy como hijo de la clase media española de finales de los años 50 del siglo pasado es que no hablaba inglés. En la España de la posguerra, y hasta la década de los 80, el inglés solo lo hablaba la aristocracia española, que enviaba a sus hijos a cursar el bachillerato en colegios ingleses. La clase media de mi generación (nacidos en los sesenta) estudiamos francés, un francés penoso, un francés escrito y no hablado.

La educación en el franquismo despreciaba el aprendizaje de idiomas. Fuimos hijos no solo de la autarquía económica y política, sino también lingüística. Ahora la gente que no habla inglés vive acomplejada y es desdeñada en todas partes. Imagino que los ingleses y los estadounidenses se deben de morir de risa viendo cómo todo el mundo gasta la mitad de su vida y un montón de dinero intentando aprender la lengua que ellos hablan perfectamente sin el mínimo esfuerzo. El inglés es una lengua maravillosa e importante. Toda mi vida ha ocurrido en medio de canciones que sonaban en inglés y son la banda sonora de mi juventud. Adoro a los cantantes americanos y adoro esa lengua. Pero la obsesión porque toda la escena internacional ocurra en inglés me parece una tiranía cultural. No me parece bien que se desacredite intelectual o políticamente a nadie porque no hable inglés.

Fue el político francés Mélenchon quien lo dijo en público: esa obsesión por el inglés tiene mucho de dictadura. Todos los organismos internacionales se expresan en inglés y, al hacerlo en esa lengua, transmiten valores culturales, políticos y económicos que son propios del mundo anglosajón, y al final acabamos colonizados y uniformados. Tras una lengua siempre hay una identidad y unos valores. No me gusta que me colonicen. No me gusta tanta reducción de la complejidad lingüística del mundo. Viva, pues, Jean-Luc Mélenchon. Ojalá su ejemplo cunda, y los políticos en las ruedas de prensa internacionales elijan, por ejemplo, el sueco, el rumano o el japonés. Sería hermoso.

APUNTES AL NATURAL, POR MESAMADERO



PRESIDENT TORRA, AQUÍ SHERLOCK HOLMES. LO SIENTO, HE SEGUIDO TODAS LAS PISTAS QUE ME DIO PERO NO HE HALLADO NADA QUE PRUEBE LA SUPERIORIDAD MORAL DE LA RAZA CATALANA... ¿QUIERE QUE INVESTIGUE EN LOS BANCOS SUIZOS Y ANDORRANOS POR SI ENCUENTRO ALGO?

SUBE

EntreRíos, un lujo para la cultura granadina

En estos días sale a la calle un nuevo número de la revista literaria y cultural EntreRíos, la publicación que desde hace ya 14 años dirige, y últimamente casi sostiene, la profesora y poeta Mari Luz Escribano. Estamos, quizá, demasiado acostumbrados a predicar en el desierto cuando nos quejamos del maltrato al que se somete a la cultura. La pervivencia de EntreRíos, pese a todo y a todos, constituye un claro ejemplo de cómo se puede hacer mucho con muy poco.



Mari Luz Escribano. :: RAMÓN L. PÉREZ

BAJA

Uso irregular de tarjetas de discapacitados

La Policía Local de Maracena detectó el pasado mes de agosto a una decena de personas que hacía un uso irregular de la tarjeta de estacionamiento para discapacitados, un documento personal e intransferible que no es la primera vez que es objeto de picaresca. En dos de los casos, los agentes 'cazaron' a conductores que habían fotocopiado la tarjeta, una práctica que dice mucho de la estatura moral de quienes son capaces de algo así con tal de aparcar.

¿Supremacismos? Nadie es más que nadie y nadie es nadie

ANTONIO CHICHARRO
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Para Esteban de las Heras, nacido en Castilla.

Malos tiempos para la lírica, solemos oír con frecuencia, cuando en realidad los malos tiempos son para todo el cuerpo social por cierta ideología política que, dentro y fuera de nuestras fronteras, se hace reconocer en una nueva palabra puesta tristemente a circular también en nuestra lengua: 'supremacismo'. Y digo malos por cuanto día sí día no nos llegan varahadas etnonacionalistas desde responsables políticos de América, Asia, África, Europa, Oceanía y, por desgracia, más en concreto, desde el solar ibero. En nuestro caso, desde que supimos hace meses de artículos de prensa y otros escritos subidos a una red social publicados en su día por Quim Torra, presidente vicario, dice ser, de Cataluña. Ahora bien, no resiste el análisis esa ideología y merecen todo rechazo las acciones políticas en ella sustentadas que vienen a alimentar una radical exclusión e infravaloración del otro. Por eso no voy a dedicarle ni una línea más a quienes, por lo que han dicho, escrito o hecho, se han

denigrado a sí mismos y han ofendido su humana dignidad, además de la mía propia y la de quien ahora me lee.

No obstante, en lo que sí voy a emplear estas líneas restantes es en abrirle al lector dos ventanas de palabras de dos poetas que en sus ensayos rechazaron de plano todo supremacismo y reivindicaron un adagio castellano de siglos, aquel que recuperara en tierras de Soria Antonio Machado y pusiera por escrito en un conocido discurso de los años treinta, los de la guerra, donde hace valer sin fisuras la ética de lo popular a propósito del rechazo del señorilismo y su defensa de la «insuperable dignidad del hombre». Escribía Machado lo siguiente: «El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma [la dignidad], en ella tiene su cimientito más firme la ética popular». «Nadie es más que nadie», reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y orgullo! Sí, «nadie es más que nadie» porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie, porque –y éste es el más hondo sentido de la frase–, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más

alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito».

Pues bien, volví a encontrarme escrita esta noble sentencia castellana, que con el caudal de su lengua se instaló en nuestra cultura, parcialmente usada por Gabriel Celaya en su libro 'Poesía y verdad' (1959). Su autor defiende allí no sólo el machadiano argumento de que el valor más alto que tiene un ser humano es el de sencillamente serlo, sino que rebaja los humos al hacer prevalecer en el lugar de cruce del yo lo común afirmando que «nadie es nadie». Esta es la cita: «Cada uno de nosotros, por viejo y eternamente recomenzado, sabe que representa algo minúsculo en un conjunto de formación remota que quisiera ver encaminado hacia una obra salvadoramente común y por eso mismo, porque defiende lo impagablemente pequeño, su propia estimación, libre de soberbia o de voluntad de imperar, se convierte en un título de auténtica nobleza. Uno se respeta a sí mismo, mas no como quien idolatra su yo, sino como quien, con plena conciencia de su responsabilidad, respeta todo lo que en él no es suyo aunque en él ha venido a desembocar, ricamente fluyendo, vivamente latiendo».

Ante estos argumentos que nos avisan del valor que tiene por sí mismo cualquier individuo de nuestra especie, independientemente de su procedencia y cultura; y ponen en su sitio ese nudo de la red social que es cualquier yo –nadie es nadie– con su consecuente estimación «libre de soberbia o de voluntad de imperar», un edificio social que quiera construirse desde ideologías supremacistas no puede pasar las pruebas de resistencia de una democracia. A la postre, son buenos tiempos para la lírica.